

LOS OBISPOS ESPAÑOLES Y LA IDEOLOGIA

Por Antonio G. MOLINA

MADRID, 8.

PRESUPUESTA la neutralidad política de la Iglesia, según aparece en la nota de la última conferencia episcopal y que analizábamos en el artículo anterior, sería absurdo preguntarse por las simpatías o colores políticos del episcopado. Y sin embargo, por muy contradictorio que parezca, el hecho es que muchos hablan y pegan etiquetas en España a los obispos. Este fenómeno incuestionable, aunque se desarrolle a nivel de bulo o de rumor, confirma los peligros que apuntábamos sobre el «angelismo eclesiástico», sobre todo en un mundo donde los ángeles escasean tanto.

En los últimos meses, rara es la publicación española y aun extranjera que no haya publicado su lista repartiendo a los obispos en el espectro de la sopa de letras políticas. Intento ciertamente periodístico, pero de dudosa garantía, cuando las encuestas de opinión arrojan hasta un 80 por 100 de españoles que no saben todavía a qué partido votarán ni cuál atrae especialmente sus simpatías.

Globalmente es cierto que el Episcopado español, como el pueblo, se ha despegado de la extrema derecha o de la derecha derecha. Si quedan reliquias a lo Blas Piñas en lo laico, Guerra Campos sería su réplica eclesiástica. Cuántos militan exactamente bajo el palio de Cuenca, no es fácil de contabilizar, aunque en la línea integrista menos estridente del primado, González Martín, se suelen incluir unos veinte. Entre ellos, Cantero Cuadrado, recién dimitido y que, según las malas lenguas, será retenido hasta las elecciones para impedir que Guerra Campos —no bien visto, quizá, en el Vaticano— ocupe los cargos políticos del Consejo del Reino y de Regencia, que quedarían vacantes. Dentro de este grupo destacaría Lahiguera, de Valencia, aunque no del todo identificado por su espiritualismo a lo Juan de Avila, y a quien siguen algunos discípulos, como Gea Escolano (de Ibiza), Villaplana (de Plasencia) y Poveda (de Zamora).

«TARANCON, AL PAREDON»

Numéricamente, la derecha integrista moderada del Episcopado español resulta la más concurrida, pero a la hora de imprimir un estilo religioso-político son los centristas o «taranconianos» los que marcan el paso. El cardenal de Madrid se ha convertido en la «bestia negra» de la ultraderecha política española y el enfant terrible de los curialistas romanos. Circunstancias geográficas y episódicas lo han volteado relumbradamente hacia la izquierda, aunque en realidad se mueve en un centro abierto, motorizado —según dicen— por su eminencia gris, el jesuita Martín Patino. Por el mismo eco conflictivo nacional se le agrupan Añoveros, de Bilbao, y Goicoechea, de San Sebastián. El cardenal de Barcelona, Jubany, visto desde los ultras de Madrid, resulta poco menos que un «separatista» catalán, a pesar de su centrismo moderado. Son los doce o quince obispos de este grupo quienes, refrenando a los progresistas, han logrado en los últimos años sacar a flote las decisiones de la Conferencia Plenaria Episcopal.

Gracias a ellos, la imagen global de los pastores españoles ha perdido su sambenito de retrógrados con que eran considerados en el extranjero, especialmente en el centro de Europa. Geográficamente, este grupo ocupa las costas tanto andaluzas como septentrionales, espolvoreando acá y allá Galicia y Cataluña y algunas islas del Mediterráneo y del Atlántico.

Separados del centro por la izquierda, una minoría de obispos con inspiraciones socializantes forma la vanguardia político-religiosa de la jerarquía española. Su figura más representativa y hasta polémica es el obispo auxiliar de Madrid, Iniesta Jiménez,

Sebastián), Palenzuela (Segovia), Díaz Merchant (Oviedo), etc. La ideología del grupo se muestra impregnada de una mística tercermundista, donde la libertad, justicia social, etc., tienen primacía pastoral, y, por consiguiente, consideran a la Iglesia parte beligerante contra la opresión, la tiranía y los privilegios eclesiásticos.

Podría decirse que su progresismo es más sociopolítico que teológico-moral, tratando de buscar en esta problemática soluciones nuevas, pero partiendo generalmente de

presupuestos tradicionales. Este fenómeno típicamente español y sudamericano —recoremos el progresismo social de Helder Cámara y su conservadurismo doctrinal— contrasta con otros episcopados cetroeuropeos, donde el acento «progre» cae precisamente sobre los problemas teológico-morales. Sin duda, los obispos son hijos de su tiempo y de su espacio, que condicionan la evolución de sus actitudes. En este sentido son ciertos sectores del clero bajo, frecuentemente nacido en otra generación, que

nes protagonizan una evolución más global y consecuente, prescindiendo aquí de juicios de valor ortodoxo.

En resumen, cara a las próximas elecciones, se puede predecir que, exceptuando las minorías radicales de uno y otro signo que se desmanden, el clero español, con sus pastores a la cabeza, tendrá como primera preocupación —para algunos, quizá obsesión— no meter la pata cara a la galería. Considerando que serán las primeras elecciones libres para muchos, esta discreción no es poco.